

Los pecados capitales de la historia de España

Lujuria

Juan Eslava
Galán



DESTINO

Juan Eslava Galán

Lujuria

Los pecados capitales
de la historia de España

«Los pecados capitales de la historia de España»
es una serie coordinada por Borja de Riquer.

© Juan Eslava Galán, 2015
Autor representado por Silvia Bastos S.L. Agencia literaria

© Editorial Planeta, S. A. (2015)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Imágenes del interior: archivo personal del autor, © Archivo El País;
© Album / sfgp; © Joan Colom y José Gutiérrez Solana, VEGAP,
Barcelona 2015; © Life; © Archivo La Vanguardia; © Oronoz / Álbum,
AESA, EFE; © Ullstein bild; © Getty Images, 20TH CENTURY FOX /
Album, HOICHE PRODUCTIONS / LIMOT / Album, WARNER
BROTHERS / Album, Mondadori; © Rue des Archives; © COLUMBIA
PICTURES / Album y LUX / De Laurentis / Album

Primera edición: septiembre de 2015

ISBN: 978-84-233-4979-1
Depósito legal: B. 17.237-2015
Impreso por Cayfosa
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

INTROITO	11
CAPÍTULO 1. NO ES POR VICIO NI FORNICIO.	15
CAPÍTULO 2. EL CASO DE CORÍN TELLADO	19
CAPÍTULO 3. MELINDRES Y ADULTERIOS.	22
CAPÍTULO 4. PUTAS REGLAMENTADAS	27
CAPÍTULO 5. UN COJÍN EN EL TRASERO.	30
CAPÍTULO 6. ISABELONA GOLFONA	35
CAPÍTULO 7. EL PRESERVATIVO.	45
CAPÍTULO 8. HIGIENISTAS VERSUS MORALISTAS	48
CAPÍTULO 9. LAS CHICAS DE PENAGOS	53
CAPÍTULO 10. ELLAS RESISTEN	58
CAPÍTULO 11. LA MIRADA SOBONA.	64
CAPÍTULO 12. POSTALES PARA HOMBRES, GOMAS, PIEDRAS DE MECHERO	68
CAPÍTULO 13. UN HOMBRE LLAMADO TEDESCHINI.	76
CAPÍTULO 14. UN MONARCA MUY ESPAÑOL	79
CAPÍTULO 15. NUDISTAS Y NATURALISTAS	86
CAPÍTULO 16. CABARETS Y <i>DEMI-MONDAINES</i>	90
CAPÍTULO 17. EN EL PARAÍSO DE <i>MADAME ÉMERAUDE</i>	94
CAPÍTULO 18. EL DISCRETO <i>MEUBLÉ</i> Y OTRAS OCULTACIONES	100
CAPÍTULO 19. LA QUERIDA.	103
CAPÍTULO 20. DE AQUELLOS LODOS ESTOS POLVOS	106
CAPÍTULO 21. EL ANTIGUO OFICIO.	113
CAPÍTULO 22. PARA VIRTUOSA, LA ESPAÑOLA	117
CAPÍTULO 23. PIENSA QUE ESA PUTA PUEDE SER TU MADRE	121
CAPÍTULO 24. LA VIDA ALEGRE.	132
CAPÍTULO 25. LA ESPAÑA DEL ESCAPULARIO Y DETENTE BALA	135

CAPÍTULO 26. PINTORESCO BOSQUE DE BRAZOS	
EXTENDIDOS	143
CAPÍTULO 27. EL PESO DE LA PAJA	151
CAPÍTULO 28. EL BAILE, FERIA PREDILECTA DE SATANÁS . .	154
CAPÍTULO 29. LAS PLAYAS, OCASIÓN PRÓXIMA DE PECADO	156
CAPÍTULO 30. EL CINE NUESTRO DE CADA DÍA	159
CAPÍTULO 31. POSTALES DE TÍAS EN CUEROS	165
CAPÍTULO 32. LAS MUJERES DE LA VIDA	171
CAPÍTULO 33. LA PODA DE LAS MALAS HIERBAS	177
CAPÍTULO 34. FRÍVOLO, PERO DENTRO DE UN ORDEN	184
CAPÍTULO 35. EL ANIMAL MÁS BELLO DEL MUNDO	187
CAPÍTULO 36. NOS HACEMOS EUROPEOS	191
CAPÍTULO 37. BIKINIS Y MINIFALDAS; LA BATALLA DE LA MODA	197
CAPÍTULO 38. CON FRAGA HASTA LA BRAGA	199
CAPÍTULO 39. LA <i>PILULE</i> QUE VIENE DE FRANCIA	204
CAPÍTULO 40. LA RECONVERSIÓN SEXUAL	210
CAPÍTULO 41. ESPAÑA SE HA PUESTO CACHONDA	214
CAPÍTULO 42. LA IGLESIA DICE DIEGO	216
CAPÍTULO 43. LAS POBRES ABORTAN EN LONDRES	220
CAPÍTULO 44. ALFREDO LANDA EN CALZONCILLOS	222
CAPÍTULO 45. EN CUEROS POR EXIGENCIAS DEL GUION . . .	227
 BIBLIOGRAFÍA CITADA	 233

CAPÍTULO 1

NO ES POR VICIO NI FORNICIO

España, mediados del siglo XIX. Un país atrasado, analfabeto, adosado a un continente industrial y rico. Sus dieciocho millones de habitantes sobreviven precariamente de una agricultura que no alcanza a alimentarlos. La desnutrición y la falta de higiene matan a uno de cada cuatro niños. De la represión sexual impuesta por la Iglesia sólo escapan la alta aristocracia, que siempre hizo de su capa un sayo, y el bajo proletariado, enemigo natural de los curas.

Tradicionalmente la mujer española se ha mantenido encerrada en el gineceo del hogar (la sala del estrado): «Mujer casada, pierna quebrada». Sólo sale para cumplir sus devociones, a la iglesia o a un convento cercano, y eso convenientemente escoltada por una criada vieja. Más grave todavía es el encierro de la ignorancia. Se sospecha que la mujer instruida o bachillera puede terminar puteando, o sea, desbocándose sexualmente.¹ En estos tiempos, que son los del reinado de Isabel II, esta consideración permanece plenamente vigente. La mujer de clase humilde es la criada de la casa, a la de clase alta la educan para florero vistoso, con nociones de repostería, pintura y piano, pero nada más.

1. Luego vino el inefable refranero remachando la idea: «Mujer que sabe latín, no tiene buen fin»; «Mujer leída, mujer perdida» (o sea, puta). Hasta la relativa liberación femenina en los años sesenta del siglo XX ha sido normal promocionar a los hijos varones y reservar a las hembras para el matrimonio.

Doña Eufemia, señora del notario don Práxedes Alvar-Cienfuegos, observa la calle desde el mirador de su mansión, una casa con muchos balcones cerca de la catedral.

Doña Eufemia es una dama de buena sociedad, casada con un hombre importante que la tiene como una reina, con un hogar bien provisto y servida por tres criadas, una cocinera y un cochero.

Doña Eufemia figonea desde su atalaya la vida de la ciudad y siente la íntima satisfacción de la persona que ha colmado sus sueños. Hija de un modesto escribiente de la Audiencia, se educó en la convicción de que el único objetivo en la vida de la mujer es casarse con un hombre de estatus social más elevado, lo que se dice un matrimonio «de buena proporción».

Las mujeres de la posición de doña Eufemia viven como en un escaparate: tienen que parecer jóvenes, virtuosas y apetecibles para pescar marido. «La carrera de la mujer es casarse», repiten las mamás. De ahí que cuiden tanto la envoltura y el barniz. Al contrario que ellas, el hombre no necesita de artificios, puesto que vive de un trabajo remunerado o de sus rentas. No depende de nadie.²

Doña Eufemia tiene derecho a los más variados placeres que la vida regalada puede brindar a una mujer de su posición: vestir bien, comer bien, habitar en una casa cómoda, recibir a las amigas, escuchar música, leer, pasear...

2. Los matrimonios arreglados no siempre acarreaban la infelicidad de la mujer. Cuando se permitió a la mujer elegir marido se dio la circunstancia de que muchas erraban en el cálculo y se quedaban solteras de por vida. Se decía, con metáfora cruel, «la infantería no llega y la caballería se pasa» (o sea, los pretendientes que solicitan su mano le parecen poco y los que quisiera tener, de un nivel social superior, no la pretenden porque ella les parece poco). Otra expresión era aún más brutal: «Aguardando al caballero las tetas le llegan al braguero». Los cinéfilos que vieron *Calle Mayor* (1956) de Bardem saben de qué hablo. Estas chicas forzosamente solteras o solteras quedaban «para vestir santos», aludiendo a la tradicional vinculación de la soltera a la parroquia, único pretexto que permitía a una mujer decente escaparse de vez en cuando del gineceo-prisión del hogar.

Sólo un placer tiene vetado doña Eufemia: el venéreo. En tiempos de doña Eufemia se educa a las mujeres de clase acomodada en la más completa ignorancia sexual. La mujer debe llegar virgen al matrimonio, con el íntimo precinto intacto como garantía de su inocencia, de que todo su conocimiento y experiencia del sexo lo obtendrá de su marido.

Solamente el día de la boda, le ofrecen alguna confusa y precipitada explicación que la ayude en el trance del desfloreamiento:

—No tengas miedo cuando tu marido se te eche encima y te hurgue —le secretea la madre o la amiga de la familia comisionada al efecto—. Tú relájate y te dolerá menos.

O bien:

—Cuando estéis en la cama y Pepe se te eche encima, cierra los ojos, ábrete de piernas y piensa en la Santa Religión.³

Esta ignorancia suele ocasionar situaciones disparatadas.

—Cuando os quedéis a solas tu marido te hará lo que has visto que hacen los perritos con las perritas —alecciona la madre a una novia virginal. Llegado el momento sublime la aterrorizada muchacha le suplica al esposo:

—¡Felipe, por lo que más quieras, cuando estemos pegados lo único que te pido es que no me arrastres por la acera, que sólo de pensarlo me da mucha vergüenza!

Con esa inopia, muchas mujeres somatizan su frustración en problemas físicos o mentales que los médicos diagnostican como «histeria femenina».

En la Inglaterra victoriana, contemporánea del tiempo que estamos describiendo, la ciencia está más avanzada y la histeria se trata mediante masajes en el clítoris aplicados por el facultativo o un ayudante hasta que la paciente alcanza las «convulsiones paroxísticas» (hoy lo llamaríamos orgasmo) que la deja desmadejada y satisfecha. Fin del problema. Doc-

3. Una variante británica, muy propia del puritanismo de la era victoriana, era: «Hija mía, en ese trance cierra los ojos, separa las piernas y piensa en Gran Bretaña».

tor, vuelva dentro de quince días para otro masaje, que no sabe usted lo relajada que la deja.

—¿Me está usted diciendo que el médico masturba a la paciente? —Me imagino la conclusión del lector moderno.

—Pues sí. En términos actuales eso es lo que hace. Por mucha barbaridad que le parezca.⁴

Doña Eufemia, como toda mujer decente, no siente orgasmos, o si los siente los disimula no sea que el esposo sospeche que es una cualquiera. Esta severa disciplina la padece la española desde hace siglos debido a la presión misógina de los curas que consideran a la mujer una puta potencial desde que San Agustín y otros Padres de la Iglesia lo establecieron así en su doctrina.



Prostíbulo, 1879.

4. La curiosa terapéutica victoriana hasta ha inspirado una reciente película, *Hysteria* (2011), dirigida por Tanya Wexler. En su tiempo incluso favoreció la creación del primer vibrador eléctrico, patentado por Joseph Mortimer Granville en 1883 bajo la denominación *Granville's Hammer* (Martillo de Granville).

CAPÍTULO 2

EL CASO DE CORÍN TELLADO

Como ejemplo de la falta de formación sexual que perduraba en la clase media española hasta casi nuestros días citaremos el caso de la novelista Corín Tellado que, paradójicamente, fue la guía sentimental, a través de sus ficciones, de millones de mujeres españolas y sudamericanas.

Corín vivía en Gijón, sin mucho trato social debido a su carácter retraído. Después de que su novio de toda la vida aprovechara un enfado no tan pasajero para casarse con otra, Corín, despechada, decidió matrimoniar «con el primero que llegue». Había cumplido treinta y dos años, una edad a la que, en 1959, una mujer se consideraba solterona.

«En aquel tiempo veraneábamos en Viavélez con la familia, pero ese verano decidí quedarme sola en Gijón. [...] Una tarde de domingo en que había decidido no salir sonó el timbre y cuando abrí la puerta me encontré al que sería mi marido: Domingo Egusqui Fangroniz, alto, fuerte, buen mozo, dotado de sonrisa pronta, amable y educado. Me explicó que se estaba celebrando en Gijón la Feria de Muestras, que él era agente comercial colegiado, que trabajaba en una empresa de aspiradoras y que aquel domingo había decidido dejar la feria e intentar vender por las casas. Me causó buena impresión que trabajara en domingo, así como el hecho de que fuera vasco. Yo había vivido una temporada en Bilbao, y todo lo vasco me parecía fuerte, limpio, honesto...

»Lo hice pasar a mi despacho, una estancia bien amueblada, con mesa, sillones, sofá y estantería abarrotada de li-

bros, que comunicaba con mi habitación a través de un arco. Simpatizamos y la conversación derivó hacia otros derroteros: qué haces, estás soltera...

»Le dije quién era y lo que hacía. Hablamos de mil cosas. No es que yo apreciara en él una inteligencia superior, pero sí la discreción, pulcritud y educación, que eran para mí cualidades imprescindibles en un hombre. Hablando, hablando, no conectamos siquiera la aspiradora, así que lo emplacé para otro día.

»Fuimos a playas, bailes..., nos divertimos juntos [...] Domingo era católico practicante, de Acción Católica, de misa y comunión diaria. Comulgábamos juntos y yo lo veía tan atento y concentrado, rezando, con su ropa impecable, su limpieza absoluta. [...]

»Tenía treinta y dos años, una edad a la que la sociedad consideraba que a una mujer soltera se le “había pasado el arroz”, y estaba cansada de ser la rica de la familia bajo cuyo alero se refugiaban familiares gorriones que pensé que, al formar una familia aparte, me dejarían tranquila». ¹

Corín y Domingo se casaron en 1959, en Covadonga, ante la *Santina*, la patrona de Asturias.

«Llegué virgen al matrimonio. Hoy pienso que la mujer debería llevar una vida intensa, incluso azarosa, antes de estabilizarse en una pareja. En mis tiempos eso era impensable

»Domingo era tan virgen y tan inexperto como yo. Nos fuimos de luna de miel y tardamos tres días en consumir el matrimonio. Él alegaba que yo tenía no sé qué infantil, que no servía. ²

»Estábamos en Santander, en el hotel Bahía. Lo mandé a consultar con un médico, a ver si era yo la anormal o era

1. Cito las notas de la entrevista que le hice en su piso de Gijón el 16 de agosto de 2001.

2. Era la típica mentalidad machista de la época: si el sexo no funcionaba, era culpa de la mujer, a la que, por otra parte, se le exigía que fuera virgen y, en consecuencia, inexperta.

anormal la situación. Fue. Yo me quedé en el hotel, esperándolo. El médico le dijo que lo raro sería que entrase en su esposa como Pedro por su casa siendo ella virgen. Ni siquiera se dio cuenta de que le estaban elogiando a la mujer. Regresó con un libro sobre sexualidad, que yo ya había leído. A mí me dio la risa, pero lo solucionamos y seguimos el viaje de novios hasta Cádiz.

»Descubrí mi propia fogosidad, mi pasión soterrada que hasta entonces no se había manifestado, oculta como estaba por una educación represiva. Él aceptó que yo tomara la iniciativa. Sabía que había llegado virgen al matrimonio y no tenía motivos para sospechar de que mi actitud desinhibida procediera de experiencias anteriores. Así, por lo menos, disfruté del sexo. Él, menos. Si yo no hubiera estado tan ciega me habría percatado de su ambigüedad».



Corín Tellado.